

Regeneración

Periodico Revolucionario

Epoca IV. NUMERO 256. Subscripcion voluntaria. Editor: Enrique Flores Magon. LOS ANGELES, CAL., SABADO 21 de Abril de 1917

El despertar.

La humanidad despierta. El ser humano comienza a comprender al fin, que su destino es otro que el de ser un simple muñeco en las manos de los que, por la astucia y la violencia, se han declarado a sí mismos amos y señores de todo lo que existe.

La humanidad despierta. El ser humano comienza a comprender al fin, que su destino es otro que el de ser el alimento eterno del cañón, del presidio o del burdel.

Ese despertar se le debe a la guerra. Las masas sordas, refractarias y estupidas, resignadas y cobardes, miraron con desprecio a los que señalaban los defectos de un orden social basado en la desigualdad y predicaban la instauración de un nuevo sistema de convivencia social que, basado en la igualdad, hiciera desaparecer la envidia, la codicia, la esclavitud y la guerra.

Nada pudieron las razones. Los cuadros de dicha y de libertad que ofrecían los anarquistas a la contemplación de las multitudes, eran objeto de burlas y risas. La gente estaba contenta metida hasta el pescuezo en su degradación; pero vino en buena hora la guerra, el azote, y lo que las buenas razones, las bellas perspectivas de fraternidad, de amor y de libertad ofrecidas por los anarquistas no pudieron lograr, lo ha conseguido el castigo. Cuando el argumento falla, el puntapié puede hacer abrir los ojos. Hay dormidos que sólo a golpes despiertan.

La borrachera patriótica se disipa. Las masas ciegas de amor patrio, comienzan a reflexionar. Ya la bandera no les parece tan bella como antes, y las murmuraciones se inician: ¿qué representa ese trazo de colores? ¿Qué gran principio de libertad y de justicia alienta en esa tela? ¿A qué débiles ampara ese lienzo?

Y la gente piensa, piensa, piensa, y comienza a descubrir que la bandera es el símbolo de la patria, de ese algo que se llama patria y que no beneficia más que a unos cuantos que poseen la tierra, las máquinas, la riqueza, en suma; pero que exige de todos los que nada de ella poseen, todos los sacrificios, el de la vida inclusive.

Las murmuraciones aumentan y el descontento crece en razón directa. La intensidad del castigo despierta hasta a los que dormían con sueño más pesado. Por la patria de los ricos rinden su vida millones de proletarios en los campos de batalla, dejando tras de sí millones de viudas, de huérfanos, de ancianos desvalidos; el régimen militar en privanza, acababa con el último vestigio de libertad; el hambre se enseñorea por igual de campos y ciudades, y la guerra no tiene traza de terminar. ¡Que ajaja la guerra, ganadora del descontento!

La Revolución está en marcha. El descontento reina hasta en los soldados que están en la trincheras. He aquí lo que dice Arthur S. Draper, en el "Times": "Nadie que haya estado fuera del incendio de la guerra por tres años, puede darse cuenta de la depresión que este conflicto interminable ha impreso en la mente de los soldados que están en las trincheras."

Harry Carr, escritor burgués, dice en el "Times": "La guerra está llegando a gran prisa a un período, en que cada nación se-

La Guerra.

rá abandonada, porque cada gobierno comprometido en ella, tendrá en su propio país peores males contra quienes luchar.

"Nosotros no escaparemos al contagio revolucionario. No está lejano el día en que este mundo será demolido hasta sus cimientos por trastornos sociales emanados de la revolución en Rusia y de las duras condiciones de hambre y de miseria que reinan en todas partes de Europa. Así como las personas debilitadas son fáciles presa de la enfermedad, los gobiernos debilitados no pueden resistir la revolución."

Es natural que Harry Carr vea con horror la Revolución: es burgués; pero si él tiembla ante la catástrofe que está a punto de trastornar al mundo, los desgraciados la esperamos con los brazos abiertos y el corazón henchido de entusiasmo, figurándonos eternos los días que tarda en llegar.

El Conde Tisza, primer ministro del gabinete de Hungría, en un artículo escrito para una revista de Budapest, hace la siguiente predicción: "Los acontecimientos en Rusia, anuncian acontecimientos similares en todas partes."

La agitación revolucionaria en Alemania es tan amenazadora, que el Kaiser, que a raíz del levantamiento de Rusia, ofreció conceder reformas democráticas para cuando termine la guerra, se ha apresurado a ofrecerlas desde luego, tratando así de calmar los ánimos; pero la situación económica es tan tirante, que el pueblo se insurrecciona en distintas partes del Imperio, registrándose motines de consideración en Hamburgo, Magdeburg, Mannheim, Leipzig y otras ciudades.

En Rusia, los trabajadores extreman sus demandas, y el gobierno provisional vigila los pasos de los más avanzados radicales. Amenazas de violencia por parte de los trabajadores, hacen pensar a la nueva democracia en la adopción de las tácticas brutales de la difunta autocracia, con lo que se demuestra que todo gobierno es malo, cualquiera que sea su forma.

India se prepara para luchar por su libertad, y el gobierno republicano de los Estados Unidos, demuestra su simpatía al gobierno monárquico de Inglaterra, arrestando en San Francisco a Ram Chandra y otros revolucionarios hindúes, acusándolos de fomentar en India un movimiento emancipador.

El gobierno del Brasil rompe sus relaciones amistosas con Alemania, y las provincias brasileñas de Santa Catarina, Paraná y Rio Grande do Sul se levantan en armas contra el gobierno.

En Zurich, Suiza, catorce mil trabajadores protestan contra la carestía de los artículos alimenticios, y la manifestación es displicente por medio de la fuerza.

La Revolución está en marcha. Las masas despiertan y se acercan el día en que desaparecerá de la Tierra el llamado derecho de propiedad privada, origen de todos los males que hacen desgraciado al ser humano.

La humanidad vuelve por sus fueros. La hora de la justicia no tardará en sonar.

RICARDO FLORES MAGON.

COMPANERO: cuando cambies de residencia, te olvidas de que con la nueva dirección, con lo que se evita confusiones y pérdida de tiempo,

En huelga.

La burguesía de California y su esbirraje, acostumbrados aún a que el trabajador mexicano sea siempre paciente y resignado a su suerte, trabajando por lo que sus amos quieren darle, desempeñando sin protestar los trabajos más duros y más malos por una mera pitanza, se encuentran actualmente alarmados ante la actitud viril y unanime de rebeldía que hoy presentan los trabajadores mexicanos ocupados en la pizca de la naranja, principalmente, y en otros ramos de la actividad humana, que también se han declarado en huelga simpatizando con la de los pizcadores.

El paro de la pizca de naranja ha sido general y, cosa notable, espontáneo, sin organización alguna. Los huelguistas son, por cierto, bastante modestos en sus demandas. De \$2.25 que reciben por una jornada de nueve horas, piden hoy \$2.50, o que el cajón de naranja pizcada sea pagado de cinco centavos para arriba.

Los burgueses, sobre todo los de Rivera, ante la actitud inesperada de los trabajadores mexicanos, han sentido inseguras sus cabezas sobre sus hombros; sus conciencias les acusa del maltrato y los abusos de que hasta hoy han sido víctimas los trabajadores mexicanos por parte de ellos, y temiendo por sus personas, han formado una guardia de ciudadanos, que puedan hacer frente a cualquiera emergencia.

Las autoridades, también acobardadas, y más ahora que con motivo de la guerra declarada entre este país y Alemania ven a sus enemigos hasta en sus mismas sombras, han tomado precauciones, llegando a la imbecilidad y maldad de esos señores hasta denunciar el movimiento huelguista, que es el resultado del robo y maltrato y abusos de que se hacen víctimas a los trabajadores, como consecuencia de la actividad de espías y conspiradores alemanes.

En Rivera fué descubierto un incendio que amenazaba acabar con el edificio de la planta empacadora y varios carros cargados de naranja.

Los mexicanos huelguistas llevan ya varias semanas de estar firmes en sus demandas, y hasta los que han sido llevados a quebrar la huelga, se han unido a los huelguistas, porque estos les han hecho comprender que no deben ser esquilados o rompedores, sino unirse a sus hermanos de clase, para que la burguesía, ante el temor de perder sus co-

SARCASMO.

Mientras todos los partidarios de la guerra se desgañitan diciendo que los Estados Unidos luchan por la libertad, el Comité Judicial del Senado estudia el proyecto de ley contra el espionaje. En ese proyecto, que pronto será aprobado por el Congreso, se prohíbe la crítica de los acontecimientos actuales, y sólo se permitirá que se haga sobre hechos pasados.

Nadie podrá dar su opinión sobre lo que ocurra. Si son descañellados los actos del gobierno, bien descañellados se quedarán, porque desde que se apruebe el famoso proyecto será un delito de traición el pensar con la propia cabeza.

Ese proyecto de ley, además, da al Administrador General de Correos, amplio poder para impedir que circulen por las estafetas los periódicos anarquistas.

No se puede esperar mayor libertad ni mayor espíritu de justicia.

Un periódico anarquista denuncia la guerra como un crimen, como que no puede darse mayor crimen que hacer que se maten los seres humanos por sostener en pie la explotación y la tiranía. Pues, a ese periódico se le niegan todas las franquicias, se arresta a sus redactores, y, si se le antoja al gobierno, se les fusila.

En cambio, un periódico burgués excita a la guerra de proletarios contra proletarios, en beneficio del privilegio y la tiranía. Pues, bien, a ese periódico, fomentador del odio entre los pueblos, se le dan todas las franquicias y a sus redactores se les colma de honores y distinciones.

Hay libertad; pero para la mentira y el crimen.

R. F. M.

¡Farsa!

En un telegrama de Washington, fechado el 17 de este mes, se lee lo que sigue: "La Casa Blanca va a entrar al movimiento iniciado para acrecentar la producción de artículos alimenticios, cultivando una hortaliza por su propia cuenta, en la cual el Presidente manejará el sazón en sus ratos de ocio."

¡El señor Presidente Wilson maneja una azada!— exclamarán admirados los aduladores y los bobos,

Si, el señor Presidente Wilson